

CANTO DE LA TIERRA

Tatiana Samper

ILUSTRACIONES DE **Paula Vargas Salazar**

© 2019, Tatiana Samper
© 2019, Paula Vargas Salazar,
por las ilustraciones de portada e interiores

© 2019, Editorial Planeta Colombiana S.A
Calle 73 No. 7-60, Bogotá
www.planetadelibros.com.co

Primera edición impresa en Colombia: septiembre de 2019

ISBN 13: 978-958-42-8122-7

ISBN 10: 958-42-8122-4

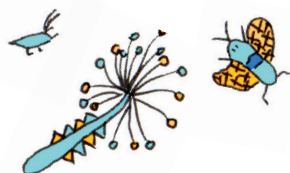
Impreso por: Editorial Nomos S. A.
Impreso en Colombia - *Printed in Colombia*

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor.

CANTO DE LA TIERRA

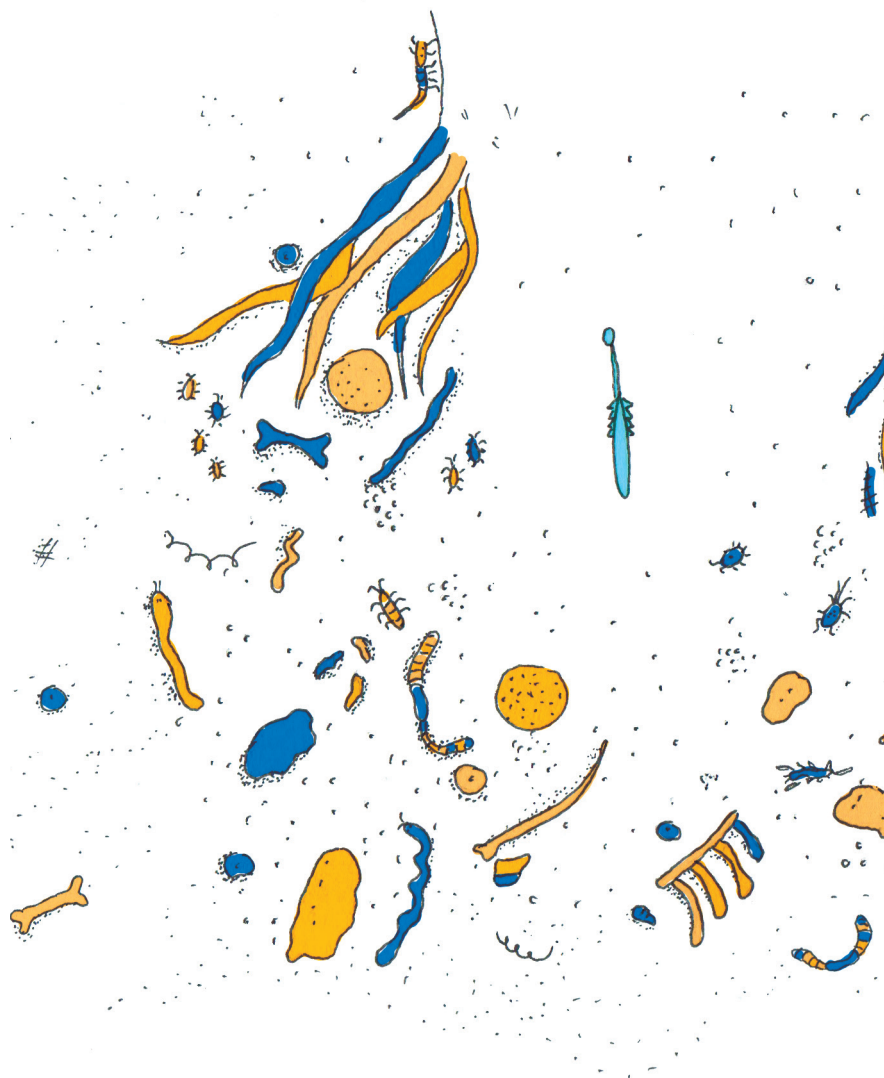
Tatiana Samper

ILUSTRACIONES DE **Paula Vargas Salazar**









An illustration of a soil environment. On the left, there are two large, segmented earthworms, one orange and one blue. Below them are several smaller orange and blue worms, some of which are segmented. There are also several small, round orange and blue objects, possibly eggs or seeds. A small, blue, star-shaped organism is visible in the lower right. The background is white with scattered black dots representing soil particles.

EN EL VIENTRE DE LA TIERRA

En el vientre de la Tierra, en ese lugar caliente y oscuro donde solo se escucha el latido del corazón de la Gran Madre, existía una pequeña semilla esperando pacientemente su momento de nacer.

Su madre, la Madre tierra, le había contado que cuando llegara la lluvia, el agua despertaría su vida indicándole que su viaje por el mundo había comenzado.

—¿Cómo sabré a donde ir Madre? Preguntó la semilla confundida al pensar en el inicio del viaje y no ver sino negro a su alrededor.

—Sabrás hija, sabrás... solo sigue tu naturaleza: tu viaje natural es hacia la luz, siempre hacia la luz.

—¿Y quién me ayudará en el viaje?

—Tu padre el Sol te está esperando afuera. Él es quien te dará la fuerza para crecer y te mostrará cuándo es momento para trabajar o para descansar.

—Y tú, madre, ¿dónde estarás? —preguntó la semilla angustiada al pensar que se iban a separar.

—Yo seré tu piso, tu casa —tranquilizó la Tierra a su hija—. Siempre estaré contigo y dentro de ti. Desde aquí te daré todo lo que necesitas para crecer y para hacer de tu viaje algo maravilloso: suelo, alimento, agua, aire y mucho amor que se hará presente de infinitas maneras.

—¿Y no te veré más? —preguntó la semilla.

—Hija, estaré siempre aquí abajo y allá arriba de muchas maneras. Me verás en todas las formas, me pintaré de colores, inundaré tu nariz con olores, tu boca con sabores y tus oídos con sonidos.

—¿Y estaré sola en el mundo?

—No, hija mía. Una vez comience tu viaje te darás cuenta de que el mundo está lleno de vida. Te encontrarás con miles de seres diferentes: peces, aves, reptiles, anfibios, humanos, plantas, bacterias, hongos ...

—Ushhh! —exclamó la semilla, que no se podía imaginar todo lo que se iba a encontrar en ese viaje.

Entonces la Madre Tierra riéndose de la cara de asombro de la semilla le dijo:

—Recuerda siempre que todos los seres que habitan en el mundo son también mis hijos y por lo tanto tus hermanos, todos están hechos de mí. Respétalos, ámalos y aprende de ellos pues cada uno tiene mucho que enseñarte.

—¿Y cómo haré para comunicarme con ellos? — preguntó la semilla extrañada.

—Con el lenguaje del corazón —contestó la Tierra mientras le tocaba el centro del pecho a su hija—. Ese es el único lenguaje que no tiene fronteras y es por medio de este que nos mantenemos unidos.

—¿Y contigo?

—Con el corazón no solo me escucharás a mí y a tu padre, sino que serás capaz de escuchar a todos tus hermanos por más diferentes que parezcan y aunque hablen lenguas inentendibles para tus oídos.

El sonido de la lluvia comenzó a acercarse. Al oírlo, la Madre Tierra le pidió a su hija que se alistara para el viaje y le susurró:

—Este es un viaje de dar y recibir: nada te pertenece. Toma solo lo que necesitas. Todo es de todos y todo es parte de mí y vuelve a mí.

Señalando hacia las nubes, llorando por dentro de emoción, la Tierra continuó hablándole:

—Cuando sientas la lluvia, bendícela y recuerda que es mi llanto limpiándote y llenándote de vida. Lloraré de felicidad por ti, viéndote crecer libre y alcanzando tus sueños; lloraré de tristeza cuando sufras, pues yo sufriré contigo. En mi llanto también verás mi furia y mi dolor. Solo obsérvalo y sabrás lo que te estoy diciendo.

Y así, poniéndole todo el amor en el corazón, la Madre le dio un beso y con una lágrima de lluvia, se despidió de su hija inundándola de vida.

—Recuerda que para crecer y llegar lejos es necesario tener las raíces fuertes y profundas. No se puede llegar arriba sin un buen piso.

La hija bañada con la lluvia, despertándose a la vida, escuchó en su corazón a su Madre diciéndole:

—El día de tu muerte volveremos a ser una sola. Te estaré esperando con los brazos abiertos.



EN EL MUNDO



La semilla, recién despertada por el agua, comenzó a experimentar la magia de la vida. De su cuerpo salieron unas pequeñas raíces que la pusieron en contacto directo con su madre que, como se lo había prometido, le proporcionó el alimento y el agua que ella iba necesitando a medida que iba creciendo.

La semilla sintió que su coraza se ablandaba con el agua y como por arte de magia el alimento y el agua que absorbían sus raíces se transformaban dentro de su ser. De su centro brotó un pequeño tallo que comenzó a crecer buscando la luz, como le indicó su madre antes de nacer.

Entonces, con impulso y sin saber con qué se iba a encontrar en el camino, la plantita se esmeró en

salir del vientre de su madre. ¡Era el momento de experimentar su propia vida!

Con expectativa, se asomó sacando solo la puntita del tallo que había crecido en el centro de su corazón y echó un primer vistazo a lo que su madre llamaba “el mundo”. No alcanzó a asomarse, cuando su padre El Sol ya le estaba dando la bienvenida.

Emocionado al ver a su hija asomándose con timidez, el Sol corrió a llenarla de calor y de luz manifestándole el gran amor que sentía.

El Gran Padre había estado esperándola durante días, cuando desde el cielo vio a la Madre Tierra llorar de alegría, regalándole la vida a su nueva hija.

¡La semilla se sintió feliz de ver a su padre! ¡Era una sensación tan agradable el calorcito! Se sentía viva y muy acompañada: sus raíces estaban con la madre Tierra, que las mantenía frías; mientras que su tallo, vestido de verde, estaba calentito gracias a su padre. Qué afortunada se sentía la semilla

que ahora estaba transformada en una hermosa plantita con un vestido de hojas.



—Bienvenida, hija —oyó decir a su padre—. Este es el mundo que compartimos con tu madre. Ella desde abajo, dándote el alimento y el piso; y yo desde acá arriba, calentándote y brindándote toda la fuerza que necesitas para crecer.

Y acordándose de que en el mundo los hijos necesitaban también del abuelo invisible para sobrevivir, el Sol le presentó a su nueva hija.

—Él es tu abuelo el Aire. De él vas a recibir algo esencial que necesitas para vivir conectada a tu madre y a mí.

El abuelo Aire había llegado en forma de viento y comenzó a jugar, rozando suavemente a su nueva nieta que se reía sin encontrar quién era el que le estaba haciendo cosquillas, mientras la mecía de un lado a otro.

La plantita buscaba sin entender muy bien de qué estaba hablando su Padre, al fin y al cabo ella no veía a nadie a su alrededor. Fue entonces cuando oyó una voz dulce en su corazón:

—Hola, yo soy tu abuelo el Aire. Estoy aquí para recordarte que lo esencial es invisible a los ojos. Yo soy quien te va a dar la vida en este plano. Abajo estará tu madre alimentándote; arriba tu padre calentándote. Aquí estaré yo dándote lo que necesitas para que uses el alimento y el calor de tus padres.

—¡Wuuu... eres invisible! —exclamó la hija asombrada.

—Jajajá —se reía el abuelo Aire mientras consentía a su nieta.

—¿Te podré ver alguna vez abuelo?

— Me verás moviendo a tus hermanas las nubes para traer el llanto de tu madre a donde se necesite. Me verás moviendo a tus hermanas las aves, me verás despelucando a tus hermanos los humanos.

Me sentirás acariciándote, meciéndote como lo estoy haciendo. Me verás de todas estas formas. Me verás sin verme realmente... y así siempre te acordarás que lo esencial es invisible a los ojos.

—¿Y dónde te encontraré?

—Yo, al igual que tu madre, siempre estaré en ti. Me la paso viajando de un ser a otro, alimentando a todos mis nietos. Es así como todos se mantienen unidos por medio de mí: “El abuelo Invisible”, como me llama tu padre.

¡Y el abuelo Aire se reía con el padre Sol que se acordaba de todas las veces que no había podido encontrarlo porque no lo podía ver!

—Mmmm... —Continuó el abuelo, concentrado nuevamente en su nieta—. Tus hermanos los animales y tus hermanas las plantas te necesitarán para vivir. Y tú los necesitarás a ellos. Recuerda que en este mundo todos los hermanos son igual de importantes y se necesitan mutuamente, aunque la importancia no sea evidente para a los ojos.

—Todos mis hermanos son igual de importantes aunque la importancia no sea visible para mis ojos... —repitió la plantita con cara pensativa—. Eso me recuerda lo que me enseñó mi madre acerca del lenguaje del corazón.

—¿Qué te enseñó?

—Que para hablar con mis hermanos debo usar el lenguaje del corazón, abuelo. Que es con el corazón que aprenderé de mis hermanos, pues los lenguajes que ellos usan son incomprensibles para mis oídos, así como lo esencial es invisible para mis ojos.

—¡Así es! —exclamó el abuelo feliz soplando con fuerza—. ¡Qué hermoso vestido el que te está creciendo!

El padre Sol, que comenzaba a calentar a la madre Tierra en el otro lado, brillaba más que nunca orgulloso de su hija.

ENTRE EL DÍA Y LA NOCHE

A medida que la madre Tierra iba dando su rutinaria vuelta para que el Sol alumbrara y le calentara cada rincón, la hija se iba alejando cada vez más de su padre. Con su vestido de dos hojitas disfrutaba de su primer día en el mundo. Había sido un día intenso lleno de sorpresas para ella. Había conocido a muchas de sus hermanas las plantas y a algunos de sus hermanos los animales, que al pasar cerca de ella y escucharla decir: “Cuidado con pisarme”, la saludaban.

El Sol esperaba el momento para hablarle a su plantita acerca de la noche. Cuando se vio en pleno atardecer le dijo:

—Hija, este es un momento hermoso pues es la transición entre el día y la noche. Como has visto cada vez estoy más lejos de ti. Así será todos los días pues de esta forma es que tu madre Tierra gira para que yo pueda conocer y calentar cada rincón de ella. Cuando veas que me oculto por el oeste, como ahora, sabrás que está llegando la noche.

—¿Y qué es la noche? —preguntó la planta asombrada de ver los colores rojizos en el cielo mientras veía a su padre marcharse.

—La noche es lo que permite que exista el día. Es el momento en que la oscuridad se toma este lado del mundo. Cuando esto pasa, puedes darte cuenta de la inmensidad del universo donde nos encontramos.

—¿Más inmenso que este mundo?

—Jajajá —se reía el Sol al pensar en el tamaño del universo—. Este es un mundo infinito dentro de un universo infinito... Esta noche mira hacia arriba y contempla las estrellas, los planetas, las galaxias... luego me contarás qué piensas del tamaño de esta hermosa Tierra que no para de sorprendernos.

—No comprendo muy bien lo que me quieres decir padre, pero así lo haré... —contestó la plantita meditabunda.

—¡Ah!, se me estaba olvidando —dijo el sol sobresaltado—, en un rato conocerás a tu abuela Luna.

—¿Quién es ella?

—Ella es la gran abuela: la guardiana de tu madre Tierra. Se la pasa girando día tras día sobre ella misma y alrededor de tu madre, cuidándola y vigilando que ella esté bien.